

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

26 DE FEBRERO DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA

ESCENAS MADRILEÑAS



En el mercado de caballos.--Chalaneando la mula.

Ayuntamiento de Madrid

BENITO DE PALERMO

Preguntáronle sus amigos al marqués de Bahama— riquísimo criollo conocido por su fausto, sus derroches y su aristocrática manía de defender la esclavitud,—por qué singular capricho llevaba á su lado en el coche, y sentaba á su mesa, á cierto negrazo horrible, de lanuda testa y morros bestiales, y por contera siempre ébrio, siempre exhalando tufaradas de aguardiente, que no lo graban encubrir el característico olorcillo de la raza de Cam.—«Hay—le decían—negros graciosos, bien configurados, de dientes bonitos, de piel de ébano, de formas esculturales, pero éste da grima; más que negro es verde violeta; yo tengo pesadillas con él.» Y el marqués, sonriendo, defendía á su negrazo con algunas frases de conmiseración indolente:—«¡Pobrecillo! ¡Qué diantre!... Yo soy así.»

Al cabo, en una alegre cena donde se calentaron las cabezas, merced á que se bebió más champagne y más manzanilla y más licores de lo que permite la cordura, viendo yo al marqués animado, decidí—en plata, algo chispa,—aproveché la ocasión de repetir la pregunta. ¿Por qué Benito de Palermo—así se llamaba el negrazo—gozaba de tan extraordinarias franquicias? Y el marqués, á quien le relucían los hermosos ojos negros de ancha pupila, contestó sonriendo y señalando á Benito, que yacía bajo la mesa, perdidamente beodo:

—Por borracho, cabal; por borracho.

No logré que entonces se explicase más. Parecióme tan rara la causa de la privanza de Benito, como la privanza misma. De allí á dos días, paseando juntos, recordé al marqués su extraña contestación, y él, arrojando el magnífico recorte que chupaba distraidamente, murmuró con entonación perezosa:

—Bueno; pues ya que solté esa prenda, diré lo que falta... Ahora se sabrá cómo si no es el borrachín de Benito, estoy yo muerto hace años, y de la muerte más horrorosa y cruel.

«No ignora Ud. que me he educado en los Estados Unidos, y me aficioné á los viajes desde la niñez, porque allí el viajar se considera complemento de toda escogida educación. Antes de cumplir los veinticinco años había recorrido las principales ciudades de Francia, Inglaterra y Alemania; sabía cómo se vive en cada nación culta; en París, sobre todo, me había pasado inviernos enteros. Sin embargo, la monotonía de la civilización empezaba á causarme tedio, y me hurgaba el caprichillo de ver países raros, medio salvajes. Dedicué unos meses á registrar la hermosa Italia, parando mucho en Roma y consagrando temporadas á Florencia, Nápoles, Sicilia, Malta y Córcega; y engolosinado ya—Italia siempre será un paraíso—propúseme realizar al año siguiente otro delicioso viaje, el de Oriente, Grecia, Turquía y Palestina. Para venir á lo que importa de este cuento, lleguemos ya á Atenas, donde, por recomendaciones que llevaba, encontré excelente acogida en el cuerpo diplomático y en la corte, lo cual, y otra cosa que añadiré, contribuyó á que se prolongase mi estancia en la capital de Grecia bastante más de lo que pensaba.

«Es el caso que en una fonda magnífica de Florencia había yo visto, por espacio de pocas horas, á una hermosísima inglesa, la cual grabó en mi espíritu una impresión que no habían conseguido borrar el tiempo ni la distancia. Era de esas mujeres que no se olvidan, porque á la belleza plástica, incomparable, reunía una gracia, una viveza y una originalidad excéntrica y picante, que empeñaban en perseguirla y adorarla. El vulgo cree que todas las inglesas son sosas; pero yo le aseguro á Ud. que la que sale graciosa, vale por diez. Eva... (suponga Ud. que se llamaba así) era viuda, y viajaba con una dama de compañía, sin rumbo fijo, adonde la llevaba su imaginación artística y fogosa. En los cortos momentos que conseguí hablarla, volvíme loco. No me atreví á galantearla abiertamente, y sólo con los ojos la revelé el efecto que en mí causaba. Debo advertir que no me hizo maldito el caso, que me toreó, y que en una vuelta que di me encontré con que había desaparecido, sin que me fuese posible dar con ella, por más que la busqué desalado al través de toda Italia.

«Calcule Ud. mi sorpresa y mi emoción, cuando en el primer sarao á que asisto en la embajada inglesa de Atenas, me encuentro á Eva radiante de hermosura, divinamente prendida y dispuesta á valsar. Excuso decir que inmediatamente me dediqué á cortejarla, y que á fuerza de atenciones logré algunas ligeras señales de complacencia, pequeños indicios de que no la era desagradable mi persona. Sin embargo, en los saraos sucesivos, y en todos los lugares donde yo procuraba encontrarme con Eva y acompañarla, noté cuan difícil era ganar terreno en aquel corazón caprichoso y rebelde. Eva me desesparaba con sus coquetterías y sus arrechuchos; nunca estaba yo seguro de llegar á vencerla; cuando me veía alegre

me quería triste; cuando yo decía negro, ella respondía blanco. Creo que este sistema me trastornaba más, y ya me encontraba á punto de darme á todos los demonios, cuando...»

—Pero—interrumpí—lo que no sale á relucir es Benito de Palermo; y confieso que Benito me intriga más que la hermosa Eva.

—«Cachaza, ya sacaremos á Benito—respondió sonriendo el marqués.—Iba á decir que por entonces fué cuando parte de la colonia inglesa que se encontraba en Atenas, dispuso organizar una excursión á caballo y en coche, con objeto de visitar la célebre llanura de Maratón.»

—¡Ah! exclamé estremeciéndome involuntariamente.—¡Ya sé, ya sé! ¡Conque le tocó á Ud. ese chinazo! ¡Qué cosa tan horrible!

—«Veo que recuerda Ud. ese episodio. ¡No es para olvidado, no! Toda la prensa europea habló de eso detenidamente, publicando grabados, retratos y los pormenores día por día. Pues sepa Ud. que la expedición se combinó en la embajada, entre un rigodón y un vals de Metra. La colonia acogió la idea con fruición y entusiasmo; las mujeres, sobre todo, estaban alborotadísimas. Pero yo, que había conversado largamente con palikaros, intérpretes y comerciantes judíos, recordé las noticias que me habían dado sobre una gavilla de bandoleros que infestaba las inmediaciones de Atenas, y cuyo número, arrojo y sanguinarias costumbres, eran motivo suficiente para alarmarse y reflexionar. Emití un dictamen de prudencia, indicando que convendría ó llevar numerosa y bien armada escolta ó renunciar al proyecto. Allí adquirí la persuasión de que todos los ingleses tienen vena. Lord *** y los demás, que formaron parte de la fatal expedición, sonrieron desdeñosamente cuando les hablé de peligros; y á aquella sonrisa, que ya me encendió la sangre, correspondió Eva con algunas frases tan secas y burlonas, que me restallaron como latigazos sobre las mejillas. Vino á decir que el que no se sintiese con ánimos para arrostrar el riesgo, haría mucho mejor en quedarse, pues las inglesas no quieren compañía sino de gente resuelta, capaz de no achicarse ante los bandidos, caso de haberlos, que está por ver. El que recuerde los veintiseis años que yo tenía, y lo enamorado que andaba de miss Eva, comprenderá que me propuse formar parte de la expedición, aunque supiese que nos acechaban todos los salteadores del mundo. ¡Ir con Eva de viaje! ¡Galopar á su lado! ¡Qué felicidad! Y ella, al conocer mi propósito, cambió como una veletilla, me sonrió, y estuvo conmigo insinuante, coqueta, hasta mimosa. La excursión quedó fijada para la mañana siguiente: al despuntar el día nos reuniríamos en un punto dado, fuera de las murallas de Atenas, llevando cada cual ó coche ó caballo, provisiones y armas. De los guías se encargaba lord X***.»

«Aquí aparece Benito de Palermo: no se impacienta usted, que ya sale el figurón. El nacido en casa de mis padres, yo le llevaba conmigo como quien lleva un perro de lanas, porque la verdad es que no me servía para maldita la cosa, pues siempre ha sido desidioso y torpón. Escondiéndole la bebida, aun se lograba hacer carrera de él; pero en cuanto lo cataba, un cepo, una piedra. En Atenas, á fuerza de prohibir yo en el hotel que le diesen á probar ni vino ni alcohólicos, íbamos saliendo del paso. Al regresar de la embajada, la víspera de la excursión, llamo al bueno de Benito, le doy mis órdenes y las llaves, y le encargo repetidamente que al rayar el día tenga mi caballo ensillado y preparadas mis armas, y me despierte aunque sea á trompicones: hecho lo cual, me adormezco pensando en Eva.

«Cuando abro los ojos, el sol entra á torrentes en mi cuarto. Despavorido, me echo de la cama y miro el reloj, marcaba las once. Grito como un insensato llamando á Benito: Benito no parece. Salgo al cuarto de tocador, de allí al pasillo... y tropiezo con un bulto negro, una bestia que ronca... Es Benito, ¡Benito, más borracho que un pellejo! Comprendo instantáneamente... Dueño de mis llaves, había asaltado el armario que contenía mis licores, y á aquellas horas la cabalgata se encontraba cerca de Maratón, ¡y yo sería para Eva el ser más ridículo y más despreciable!

«Desde que estaba en el viejo continente no había empleado el bejuco. Cegué, y arremetiéndome contra el negro, le di tal soba, que volvió en sí llorando y diciendo que lo asesinaban. Cuando me harté de pegarle, pensé en ensillar el caballo y reunirme á la comitiva... Pero era preciso buscar guía, pues de otro modo, ¿cómo orientarme en la planicie? Y antes de que el guía pareciese ya se divulgó por Atenas la noticia espantosa: los bandoleros habían copado la expedición, cogiendo prisioneros á los expedicionarios después de una heroica resistencia y de herir gravemente á alguno; las mujeres habían sufrido peor suerte, escarnecidas á la vista de sus maridos y hermanos que atados á un árbol no las podían defender... Ya supone Ud. cual me quedaría; no he sufrido impresión más atroz.»

—Recuerdo el caso... Se llevaron á los ingleses, exigiendo un grueso rescate y amenazando con atormentarlos mientras el rescate no llegara... Si no me equivoco, á Lord *** le fueron mechando y cortando en pedacitos, no hay idea de martirio semejante...

Ea, pues de eso me libré yo por estar Benito borracho—afirmó el marqués requiriendo la petaca.—Desde entonces le dejo beber lo que quiera... y el amo aquí es él.

—¿Según eso, habrá Ud. comprendido que un hombre de color no es un perro?

—Claro que no. Los perros no saben emborracharse oportunamente.

—¿Y Eva? ¿Sufrió el destino de las otras? Estaría bien empleado.

—¡Pues si ahora caigo en que falta lo mejor!—exclamó el marqués.—Eva, por un antojito, porque no la gustaba su traje de amazona, se había quedado en Atenas también... ¡y si Benito me despierta y acierto á ir con la expedición, no sólo pierdo la vida, sino los deliciosos ratos que debí á Eva, después de que ya se ablandó su corazón intrépido!

Emilia PARDO BAZÁN.

LA CARTA DEL PRESIDIO

Era el día de San Carlos. Una hora antes que de costumbre abandonó Carlota el lecho, y asistida de su doncella se apercebía al tocado que, naturalmente, había de ser más minucioso que de costumbre. ¡Ahí era nada! ¡Su fiesta! ¡El día que se celebraba culto mayor á su espléndida belleza! ¡El día de los regalos valiosos! ¡El día de hacer rabiar de envidia á sus compañeras! ¡El día en que había de ponerse á prueba la esplendidez y el gusto de su amante, el fiscal del Supremo, Ilmo. Sr. D. Antonio Ramírez!

—¿Ha venido mi mamá?—fué el primer saludo que tuvo para la doncella.

—Ya está en la cocina—contestó la sirvienta con una sonrisa burlona que nunca la abandonaba delante de la señorita.

—Eso es que está mejor. ¡Cuánto me alegro! Hoy come aquí el señorito Antonio, y ya sabes que nada le gusta si mi mamá no le guisa.

Y, con efecto, allí estaba doña Rosa, la madre de Carlota, encendiendo la lumbre, con el pelo desgreñado, recibiendo cuchufletas de los criados y cuidando de que nada faltase para halagar el paladar del Sr. Fiscal, á quien, sin embargo, enviaba unas cuantas maldiciones cada vez que se quemaba con los hierros del hornillo ó se manchaba con los ingredientes de la comida. Aquella madre de humilde origen, que había pervertido á su propia hija, deslumbrada por la vida de holganza y comodidades que el acaudalado Sr. Fiscal había de proporcionarle, parecía condenada á ser la sirvienta peor tratada de la casa. A pretexto del delicado gusto de tan ilustrísimo señor, doña Rosa se pasaba la vida en aquella cocina, en vez de encontrarse tranquilamente reclinada en una butaca, que era su ideal; porque la excelente señora había sacrificado la vergüenza, el honor de su hija y todos los sentimientos humanos y divinos, para conseguir la dicha y placer supremo del cerdo: comer, dormir y esperar engordando á que la matase la divina Providencia.

Cuando Carlota estuvo ataviada con un lujo incitante y con un primor de esos que inspiran al hombre todos los deseos, al tiempo que llena de desprecio profundo el corazón hacia el objeto ardientemente deseado, se dignó aparecer por la cocina para besar á su madre.

Al verlas juntas formaban horrible antítesis. Los acicalamientos de Carlota frente al humilde traje de doña Rosa constituían un vergonzoso contraste. Parecía aquello una hija que abofeteaba á la que le dió el ser. Nadie las hubiera tomado por hija y madre. Y en realidad no lo eran: el mal había roto los lazos de la naturaleza.

Doña Rosa, después de elogiar el gusto de Carlota en su tocado; después de admirar una vez más las luces de brillantes que estaba harta de contemplar, se acercó al oído de su hija, para que no la oyeran los criados, y preguntó:

—¿Has recibido carta de tu hermano?

—No; ni quiero que se acuerde de mí para nada.

—Al fin lleva tu sangre—replicó doña Rosa, y continuó sus operaciones culinarias.

Carlota, á quien el recuerdo de su hermano había sentido muy mal, abandonó la cocina después de recibir algunas frases de elogio de criadas y criados, que se atrevían á cosas semejantes con su señorita porque á ella le hacían mucha gracia y á su madre la encantaba todo lo que implicase afección á Carlota, viniese de arriba, viniese de abajo, y fuera bueno ó malo el sentimiento que lo inspirara.

Pero la pregunta de doña Rosa había hecho mella en su mente, y llegó á su gabinete sin sonreír siquiera por palabras que otras veces la hacían prorumpir en francas carcajadas.

Y no era para menos. Su hermano constituía la única mortificación que tenía Carlota en esta vida. Se llamaba Jesús, y estaba en el presidio de Valladolid hacia dos años. Empleado, por mediación del Ilmo. Sr. Fiscal, en una Sociedad de Seguros que tenía fondos en papel del Estado, era el encargado de cobrar los cupones en el Banco todos los trimestres. Un día juzgó que su honradez estaba ya suficientemente acreditada, y desapareció con el importe del cupón entero. Jesús, que no hacía el mal sino porque lo veía en su casa, desconocedor de todas las cosas del mundo, no tan sólo le faltaba habilidad para huir, sino que con sus derroches, en cuanto se vió con dinero, dió una pista á la policía, gracias á la cual cayó en sus manos en Barcelona.

La indignación de Carlota no tuvo límite.

—Nos ha deshonrado á todos—exclamaba sinceramente y creyendo que la familia tenía honra todavía.

—La mayor prueba de cariño que puedes darme—decía Carlota al Sr. D. Antonio Ramírez, mientras se sustentaba la causa,—es no favorecerle en nada. Los ladrones á la cárcel. Lo ha hecho, que lo pague; un ladrón no es hermano mío.

Y D. Antonio, cegado por el amor, quedaba encantado de Carlota, elogiando aquellas llamadas de honradez que brotaban de un alma donde no debía haber instinto bueno.

Doña Rosa, á escondidas, hablaba al Sr. Fiscal para que Jesús saliese lo mejor librado que pudiera de aquel lance; pero se pudo hacer poco; Jesús fué cogido con todas las pruebas, aunque con poco dinero ya; el Jurado no hace caso de influencias del Supremo, y el hermano de Carlota tuvo que vestir el uniforme del presidiario, cosa para él sorprendente, pues había oído decir muchas veces en su casa que con dinero é influencias todo se conseguía, y lo que es dinero tenía su hermana cuanto se necesitase, é influencias no las había mayores para la justicia que las de D. Antonio. ¿Cómo podía ser que él fuera á presidio? Por lo visto, el aforismo de su familia, que había justificado la conducta de Carlota en este mundo, no regía cuando se trataba de su persona.

Días antes del santo de Carlota la había escrito una carta diciéndola, que con motivo del próximo alumbramiento de S. M. la reina se iba á dar un indulto á los penados, y que trabajase con D. Antonio para ser comprendido en la gracia. Carlota, indignada como siempre con Jesús, rompió la carta, y sólo le chocó esta frase, cuya significación no se le alcanzaba: «Tú tienes más obligación que nadie de sacarme de aquí.»—Yo más que nadie, ¿por qué?—repetía para sí de cuando en cuando.—¿Tengo acaso la culpa de sus bribonadas?—De esta carta dió cuenta á su madre que, como siempre, acudió á escondidas á D. Antonio; pero Jesús no llevaba cumplida la parte de condena que la ley exigía para conceder el indulto, y se quedó en presidio esperando otro feliz alumbramiento de S. M. la reina.

Se comprenderá con estos antecedentes el mal efecto que causó en Carlota el día de su santo la pregunta con que la saludó su madre. No era verosímil que Jesús la felicitase, ni ella quería recibir recuerdos de semejante hermano.

La llegada de los regalos borró todas estas impresiones; primero vinieron los ramos de colosales dimensiones, más tarde empezaron á llegar joyas; á cada obsequio la madre abandonaba la cocina para contemplar con su hija el objeto con que sus amigos y admiradores la manifestaban su cariño. Doña Rosa los palpaba y tasaba con la destreza de un joyero y, en muchos casos, hubo que acordar la mentira que había de decirse al Sr. Fiscal respecto de la procedencia de las joyas. Entre los que obsequiaban había algunos de quienes tenía justificados celos su ilustrísima, y para no devolver el regalo, para conservarlo como doña Rosa aconsejaba en todos los casos, era preciso atribuirlo á personas inofensivas y de absoluta confianza.

Por fin, llegó el regalo de D. Antonio; se esperaba mucho, pero superó las más exageradas ilusiones. El éxito en varios negocios de bolsa le habían proporcionado una suma importante, suma que cuidó muy bien de ocultar á su pobre esposa; con aquel dinero concibió la idea de regalar un hotel á Carlota, y procediendo con el mayor sigilo hizo la compra á nombre de su amante, y el día del santo de ésta á las once de la mañana pudo enviarla la escritura y los planos en rica bandeja de plata. La primera impresión de Carlota y su madre fué de sorpresa. ¿Qué significaría aquel fajo de papeles? Carlota lo leyó todo en alta voz sin perdonar los largos encabezamientos curialescos, ni el más leve detalle. ¿Cómo sería la finca? En los planos no veían nada; pero doña Rosa se fijó en el precio de la compra: era dieciseis mil duros, y recordaba

perfectamente que un trapicheo anterior de su hija había visitado otro hotel de venta que valía ocho mil y lo encontró magnífico. Siendo éste de doble precio, claro está que serían dobles también sus comodidades y magnificencia. Madre é hija se entregaron á los mayores transportes de alegría, sin que la gratitud asomara la cabeza entre aquella multitud de sentimientos que la posesión de una finca en Madrid les provocaba. Lo único que debía haber escuchado el Sr. Fiscal, era la serie de reflexiones con que doña Rosa acogió el obsequio cuando las alegrías se calmaron un poco.—No sé cómo se le ha ocurrido esto á un hombre tan soso—decía—y tan egoísta. Estos son los buenos regalos, los que quedan. Mañana se cansa de tí, y eso por lo menos has sacado de aguantarle, porque las fincas ahí están siempre.

Después de estas filosóficas observaciones, doña Rosa volvió á la cocina deseosa de contar á los criados el suceso, segura de que todo eso les había de pasmar, acrecentando su admiración hacia una señorita, cuyo mérito era tan grande, que se pagaba con regalos de aquella cuantía. Carlota se quedó pensativa dándole vueltas á los planos y distribuyendo en su imaginación las habitaciones al mismo tiempo que tiraba las primeras líneas acerca del mobiliario, que como era natural, sería nuevo todo y del más exquisito gusto.

En esta faena fué sorprendida por la doncella; acababa de llegar el correo con una sola epístola para Carlota; ésta echó una mirada al sobre y arrojó la carta al suelo; era de su hermano, de aquel hermano que había manchado á su familia; pero la curiosidad venció á tan honrados escrúpulos y recogió el papel en cuanto la doncella la dejó sola para leerlo con interés. La carta no era muy larga, y decía así:

«Querida Carlota: No has querido obtenerme el indulto; gracias. Pues has de saber, que quien debía estar aquí eras tú. Yo me quedé con miserables quince mil pesetas; pero tú llevas robados muchos miles de duros á ese señor, á quien, para saquearle, finges un cariño que no tienes; y ese señor para complacerte roba á su mujer y á sus hijos. Siendo la cantidad mayor, vuestro delito no tiene pena y el mío sí. El cura del penal nos dice todos los días, que los delitos que aquí no tienen castigo lo tendrán en otra parte. ¡Ojalá sea verdad! Jesús.»

¡Qué indignación la de Carlota cuando acabó de leer esta carta! ¡Ella lo mismo que su hermano! Eso es lo que nunca se le había ocurrido; porque precisamente su gran argumento al compararse con Jesús, era éste:—Yo seré muy mala, pero no he quitado nada á nadie.—¡Ella peor que su hermano, que tan justamente se hallaba en presidio! Sus ojos vagaban de un lado para otro, y su imaginación hacía esfuerzos por olvidar aquellas acusaciones que, sin embargo, pesaban ya terriblemente sobre su conciencia. La mirada distraída fué á detenerse sobre los planos del hotel con que acababa de obsequiarle el señor Fiscal. ¿Aquello era un robo como el de su hermano? Carlota sentía ganas de discutir con alguien el asunto, hubiera querido tener allí á Jesús, para decirle:—Este hotel me lo regala su dueño porque quiere; porque le da la gana. ¿Es lo mismo eso que quedarse con quince mil pesetas contra la voluntad de su amo?

Y alegre por haber encontrado un argumento de tanta fuerza, se dispuso á escribir á su hermano para anonadarse con la lógica de sus razonamientos, y demostrarle que había una gran diferencia entre recibir regalos y quedarse con el dinero de los demás. Con el fin de contestar cumplidamente, leyó de nuevo la carta, y entonces la hirió con viveza una frase que anteriormente había pasado inadvertida.

«Para saquearle finges un cariño que no sientes,» decía la carta; y estas palabras sublevaron nuevamente el ánimo de Carlota. ¿Quién podía afirmar cosa semejante? Algo le querría cuando estaba con aquel hombre en relaciones amorosas. Por lo menos podía asegurarse que le quería como á un amigo, como á un protector á quien se debe tanto... Pero la carta de Jesús iba haciendo estragos en aquella alma por la fuerza que la verdad tiene en sí, y estas reflexiones fueron turbadas por una pregunta que salía del fondo de su conciencia:—¿Si yo le dijera á Antonio que sólo le quería como á un amigo, mantendría estas relaciones y me daría este dinero? El pensamiento de Carlota huía de la contestación, pero la contestación le sonaba en los oídos como el eco de una voz lejana, como si Jesús la estuviese diciendo desde Valladolid: «¡no! ¡no! ¡no! Se consideraría estafado si supiera que tu cariño es amistad y agradecimiento únicamente.»

Cuando se sintió vencida, cuando se le acabaron los argumentos, rompió á llorar con una amargura que nunca había sentido; desistió de contestar á su hermano, soltó la pluma y arrojó al suelo la escritura del hotel con la misma violencia que si aquellos documentos la quemasen las manos.

Don Antonio, que llegaba anhelante para conocer el efecto de la sorpresa que su ingenio había proporcionado

á Carlota, la encontró triste, con los ojos hinchados por el llanto y sin expresar la menor muestra de gratitud por el valioso obsequio que acababa de mandarle. En vano preguntó, en vano empleó primero las palabras más cariñosas y después las más violentas para saber la causa de aquel singular estado. Carlota permaneció muda, abstraída, triste, hasta que desesperado el Sr. Fiscal, optó por tomar la puerta, lamentando la ingratitud de las mujeres que pagaban con tales desvíos sacrificios tan costosos.

Carlota ya no lloraba, con la imaginación puesta en su hermano le veía en el presidio con el pelo rapado, infamemente vestido, comiendo un ruín alimento, durmiendo en el suelo, castigado por los cabos de vara, y comparaba esa vida con la suya, llena de lujo, de comodidades, de refinamientos... De repente se quitó todas sus joyas, vistió el más humilde de sus trajes y salió de casa sin despedirse de su madre, que allá en la cocina no comprendía cómo el Sr. Fiscal se había marchado tan pronto en día tan solemne.

En la calle se dirigió al primer agente de orden público, y le dijo:

—Lléveme Ud. al juez de guardia, que he cometido un delito.

El agente quiso interrogarla, pero Carlota le advirtió que á nadie más que al juez hablaría del asunto, y ante él fué conducida.

Una vez en su presencia comenzó por enseñar la carta de su hermano al recto magistrado, y enseguida, dando la razón en todo á Jesús, se declaró mil veces más culpable que aquel sobre quien habían caído todos los rigores de la ley, y terminó diciendo:—«Vengo á que me castiguen como á él.»

El juez creyó al principio que se trataba de una enagnada, pero después que escuchó aquella confesión sincera, interrumpida por el llanto á cada momento, trató de convencerla, aunque en su conciencia no hallaba palabras para hacerlo.

—Mi hermano tiene razón—repetía Carlota.

—Razón, precisamente—se aventuró á decir el juez,—no. Porque el delito de Ud. no está en el Código.

—Eso ya lo dice él.

—Pues por eso no es delito, legalmente hablando, aunque moralmente sea parecido, y aun peor, en concepto de algunos.

—Eso; y aun peor, yo lo aseguro que es peor.

—Pero en fin—acabó por decir el juez,—está Ud. muy exaltada. Tranquilecese en primer término y, sobre todo, sepa que eso que Ud. cuenta no tiene pena en las leyes de la tierra, y que nunca encontraría Ud. juez que la procesara.

Carlota no quiso oír más; había tomado su resolución. —Yo iré á buscar el castigo donde lo haya—se dijo,—y abandonó el juzgado en un terrible estado de exaltación nerviosa.

Al día siguiente el cadáver de Carlota flotaba en las aguas del estanque grande del Retiro. Por la carta del presidio, que era el único papel que se encontró en los bolsillos de sus ropas, se pudo identificar la persona.

Pasaron muchos meses, y D. Antonio, que no había querido oír hablar más de la familia de Carlota, se encontró en la calle á doña Rosa.

—Mucha gana tenía de verle á Ud.—le dijo llorando.

—¿A mí, para qué?—respondió D. Antonio, á quien avergonzaba la conversación con aquella mujer.

—Me dejan en la calle á pedir limosna; aquel hotel que Ud. regaló á Carlota se lo adjudica la justicia á un sobrino mío.

—¿A un sobrino?...

—Sí, señor, con arreglo á no sé qué ley.

—Al artículo 756 del Código civil, que trata de la incapacidad por indignidad.

—Justo; ¿y qué debo hacer?

—No haber sido indigna—y el magistrado siguió su camino andando al paso para huir de aquella cómplice de sus delitos, castigada en su ambición, que era donde la pena podía causarle más mella en esta vida.

Emilio S. PASTOR.

ALMAS SENSIBLES

Hay almas sensibles como hay «espíritus fuertes.» Y así como hay «espíritus fuertes» que se burlan de las creencias más respetables, que toman á risa las contradicciones más serias... de los demás y, en cambio, pasan el día inquietos si por la noche soñaron con agua, que es anuncio de lágrimas, y pierden el mejor negocio ó la boda



El puente de los matuteros.

más conveniente antes que viajar ó que casarse en martes, hay también almas sensibles que se estremecen de espanto viendo desplumar á un gallo muerto, que lloran sin consuelo oyendo las ridículas «sensiblerías» del drama más anodino, y que, por el contrario, permanecen impasibles ante las mayores desgracias reales, y se complacen en martirizar cruelmente y en causar, de modo indirecto, la perdición y aun la muerte de seres humanos.

Yo he conocido á una señorita muy fina y muy bien educada, que sufría violentos ataques de nervios, si por descuidos de los criados, no se quitaba «su canario» del balcón cuando llovía ó cuando le daba el sol, y que cifraba su complacencia y su orgullo en tener á su novio plantado en la esquina, recibiendo el sol de plano sobre la cabeza, en lo más riguroso del estío ó sufriendo nevadas y chaparrones en lo más crudo del invierno, sin importarle un ardite que tomase una insolación, cogiese una pulmonía ó pescase unos dolores reumáticos.

Porque es lo que ella decía: «En algo se ha de conocer el cariño.»

Yo conozco á una respetable señora, muy caritativa, religiosa y timorata, que no puede oír contar «una lástima» sin sentirse conmovida profundamente, ni puede ver sin espanto que dos cómicos se maten en el teatro «de mentirijillas», y que en más de una ocasión me ha referido, no ya con tranquilidad, sino hasta con mal disimulada satisfacción, y con cierta coquetería retrospectiva, que en sus mocedades, un pretendiente suyo desdeñado se levantó la tapa de los sesos, y dos rivales enamorados de ella se hicieron jigote en el llamado «campo del honor.»

Hay «almas sensibles» que hacen el sacrificio de prestar al cincuenta por ciento... al mes, sólo por favorecer y «salvar de un apuro» á un pobre amigo necesitado; hay «almas sensibles» que pegan sin compasión á un chicleo travieso que ha asustado al perro, porque no pueden ver con calma que se maltrate á los animales; hay «almas sensibles» que quitan el pan á sus hijos y que arruinan y hasta roban al marido ó al amante, poniéndolos á dos pasos de la desesperación, de la cárcel ó del suicidio, cuando no los precipitan en ellos, por socorrer á

parientes holgazanes, viciosos y desagradecidos, porque su buen corazón no les permite abandonarlos ni dejarlos morir de hambre; hay «almas sensibles» que hacen proyectos, escriben libros, forman sociedades y consagran sus desvelos y sus trabajos á lograr el mejoramiento de las cárceles y de los presidios, para que estén abrigados, cómodos y bien alimentados los infelices ladrones y asesinos; y en su vida dedican un cuarto de hora á pensar siquiera en la situación precaria y affictiva en que pueden quedar los robados ó las mujeres y los huérfanos de los víctimas; hay «almas sensibles» que por Navidad ven con los ojos llenos de lágrimas pasar las manadas de pavos destinados á satisfacer la voracidad de los que aun pueden conservar las tradiciones culinario-religiosas, y que, echando por los ojos chispas, piden la destrucción de sus enemigos políticos ó de los que no piensan como ellos en materias de religión, y verían gozosos y sin pestañear la degollina de todos ellos.

El tipo de aquella joven, de aquella niña que Sardou presenta en el último cuadro de su *Thermidor*, de aquel «alma sensible» que llora sin consuelo porque se le ha muerto un pajarito, y ve con la sonrisa en los labios salir un día y otro carretas y carretas cargadas de víctimas para la guillotina, es de una realidad perfecta.

Como lo son don Pío Mandanga y doña Caridad Constante de Mandanga, respetable matrimonio que goza fama general entre amigos, vecinos y convecinos, por la extremada «sensibilidad da sus almas.»

¡Ay! Ellos no pueden ver «una lástima». Don Pío no asiste á ningún entierro, ni visita á ningún amigo enfermo, porque se acongoja de tal modo que se pone peor que el paciente ó á punto de hacer perdurable compañía al muerto; ni él ni doña Caridad se tratan con los amigos que «vienen á menos», no por orgullo ni por temor de peticiones enojosas, sino porque con el relato de sus infortunios y el aspecto de su pobreza, ya tienen él dispepsia y ella ataques nerviosos para un poco de tiempo. Hace algunos meses murió una hermana de doña Caridad que era viuda, y dejó dos niñas y un niño huérfanos, el mayor de ocho años, sin amparo ni calor de nadie en este mun-

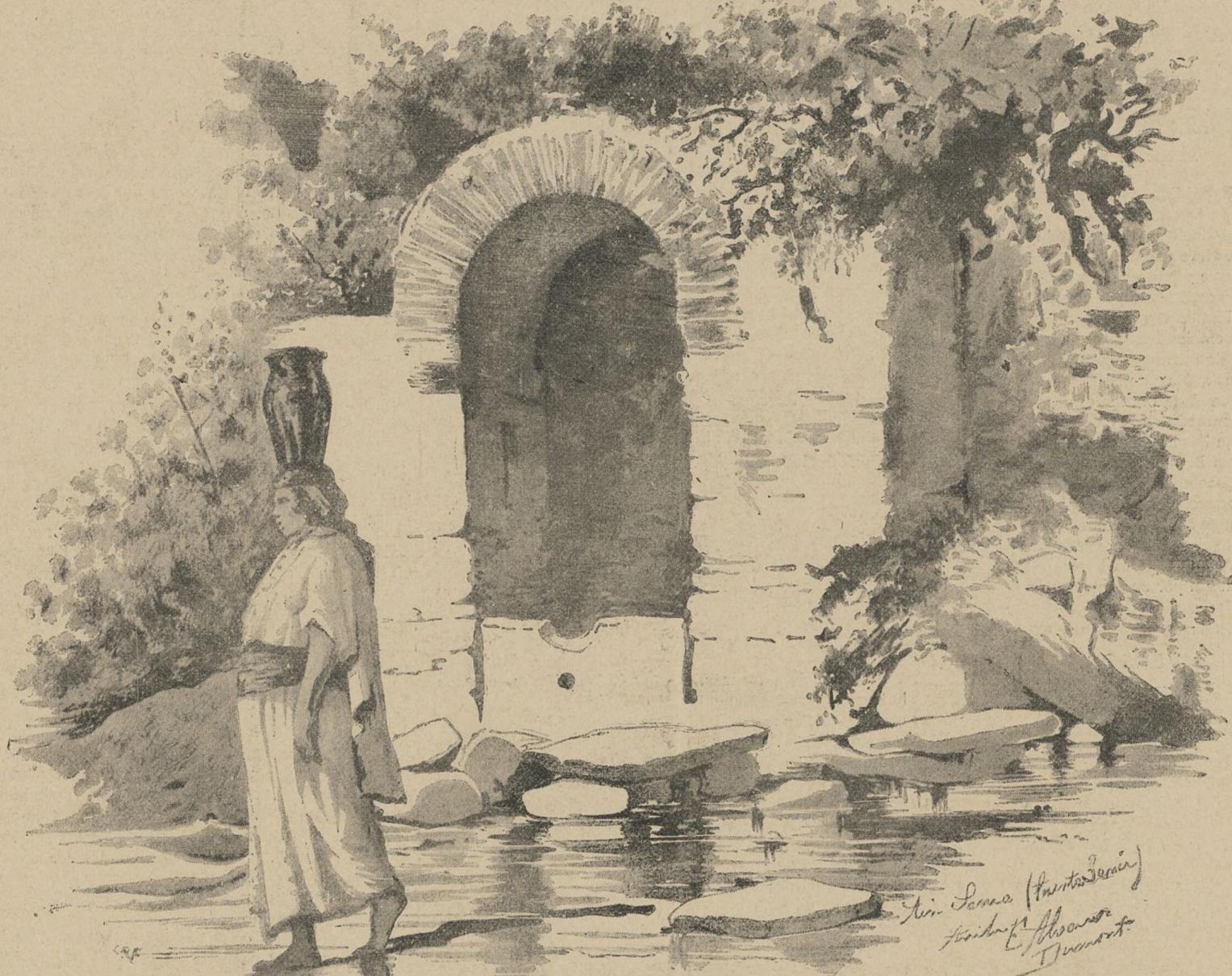
do. Don Pío, sin descansar un momento, «anduvo los pasos», como él decía, para conseguir que las pobres criaturas entraran en asilos correspondientes á su sexo, porque ellos hubieran querido llevarlos á su lado y criarlos y educarlos, eso sí; pero sus «almas sensibles» no podrían soportar mucho tiempo la pena que les causaría la presencia constante de aquellos vivos recuerdos de la finada, á la que tanto querían. Viendo á todas horas su orfandad, y considerando á cada instante su situación, acabarían ellos por perder la salud, y acaso, acaso, se buscarían la muerte. Sería un suicidio, y el suicidio es un crimen que repugna á las «almas sensibles» y cristianas.

No hace muchos días tuve necesidad de visitar á este matrimonio, y doña Caridad me refirió con mucho regocijo que la noche anterior había asistido al estreno de un drama, y que se divirtió muchísimo, porque era cosa de morir de risa ver el susto y el atolondramiento de los pobres cómicos, y oír el alboroto y los dicharachos de los irritados espectadores que pateaban á más no poder, y don Pío me contó, con grandes manifestaciones de admiración y de gozo, que la víspera había tenido la suerte de presenciar la mejor corrida de la temporada, porque él es aficionadísimo á los toros, aunque le da mucha pena ver á los pobrecitos caballos con las tripas colgando; así como su esposa es aficionadísima á los estrenos en que hay «pateo y bulla y algazara», espectáculo que ella prefiere, porque—según dice—en él, después de todo, «á nadie le echan las tripas fuera.»

Al día siguiente supe que el «pateo» había causado la desesperación del autor, la ruina del empresario, la perdición de los cómicos y la miseria de un centenar de familias, y que en la corrida había muerto un picador y habían ido otros tres lidiadores *al hule*, porque los toros habían «dado juego», como se dice en la jerga tauromáquica.

«¡Almas sensibles!» ¡Cuántas veces esa «sensiblería» que toma las apariencias y usurpa el nombre de la sensibilidad, no es sino la máscara que encubre el egoísmo más refinado y cruel y el corazón más duro é insensible! ¡Cuántas veces esas personas hipócritas que las gentes

A través de Marruecos.



*Aix Sema (Puentes Sema)
 Hacia E. Alcazar
 Dumont*

Aix Sema" célebre fuente del camino de Marrakes.



*Santuario y cementerio árabe
 Aldea de Marruecos
 E. Dumont*

Santuario y cementerio de una aldea marroquí.

Ayuntamiento de Madrid

llaman, con veneración inmerecida, «*almas sensibles*», son menos dignas de consideración y de respeto que esas otras infelices á las que el mundo llama despreciativamente *almas de cántaro!*

Felipe PÉREZ Y GONZÁLEZ.

Chispas

Una nueva República, en colores,
ha salido á la calle, sí, señores,
pues hay quien dice está sin acomodo,
á pesar de que sirve para todo.
No es ya la grave y púdica matrona
que ostenta el gorro frigio por corona,
y luce tras la blanca vestidura
sus perfiles de clásica hermosura;
es una *jembra* de mirar huraño
envuelta en una *sábana* de baño,
con cabellos que imitan la maleza,
y un pimientó morrón en la cabeza;
de esas que van buscando militares
del cerro de San Blas al Manzanares,
y lo mismo enjaretan un respunte
que llaman ¡generoso! al transeunte.
Algo, en fin, entre chula y timadora,
que hizo ayer exclamar á *otra señora*:
—Los que conspiran esperando reine
¿cómo no empiezan por comprarle un peine?

TUS VERSOS.

Á Federico Balart.

Yo ví en tu corazón la herida abierta
de que brotaron, en corriente pura,
cuando al pie de la humilde sepultura
llorabas de rodillas á tu muerta.
Cien veces me dijiste:—¡Qué desierta
la tierra para mí! ¡cuánta negrura
encuentro en este valle de amargura!
la justicia divina ¡cuán incierta!
Hoy que rotas las nieblas terrenales
miras al cielo en que los justos moran
con la fe que nos lleva á sus umbrales,
cuantos lo hermoso y lo infinito adoran
al aplaudir tus versos inmortales
tu nombre ensalzan, y tu pena lloran!

Manuel del PALACIO.

MADRID

Un periódico ha desenterrado un bando real de 1785, en que se castigaban con diversas penas los atropellos por los carruajes en la vía pública; el tal periódico reproduce el bando sin comentarios, sin duda por creer con razón que siguen las cosas como en tiempos de Carlos III.

Otro periódico, y al mismo tiempo que aquél, escribe una larga lamentación por el hecho de haberle sido robado un reloj á uno de sus redactores, quien lleva ya tres alhajas de esta clase manumitidas contra la voluntad de su dueño en poco tiempo, acompañando la lamentación de varias consideraciones que tienen cierta miga.

Esto que encuentro en los periódicos marca un momento de la vida madrileña, como ahora se dice, impropriamente para estos casos de robar y atropellar, porque el momento cuenta muchos años de vida.

Una de las penas que imponía el bando de Carlos III al cochero que atropellase á un peatón era la de vergüenza pública, inaplicable hoy por la escasa dosis de ella que va quedando, y la otra la de confiscación, que parece un poco fuerte para estos tiempos. Pero fuera de esto el bando de 1785 es hoy tan necesario como hace un siglo, pues las circunstancias que provocaron la publicación del documento «continúan aun con mayor exceso, experimentándose por consiguiente los muchos atropellos, heridas, y otros daños, que diariamente ocasiona esta impudencia y abuso de correr por las calles públicas los coches de toda clase de gentes, dimanado en gran parte de servirse algunas personas de cocheros jóvenes, que no pueden sujetar las Mulas ó Cavallos, con grave riesgo del público.»

Palabras del bando mismo que, fuera de la ortografía, pudieran ser de Angulo como son del buen Carlos III, puesto que se sigue corriendo por las calles públicas á pesar de las ordenanzas municipales que lo prohíben. Sólo hemos ganado que ahora los atropellos no son de coches de toda clase de gentes, sino solo de los de la gente de viso, única que por no tener coches numerados, como debiera ser, se libra de las contingencias inherentes y subsiguientes al atropello que sólo paga, aunque no siempre, el misero *simón*.

Dése el alcalde una vuelta, á pie precisamente, por la carrera de San Jerónimo á la caída de la tarde, ó por la Cibeles á la salida de los toros, ó por el cruce de las calles del Barquillo y Alcalá á la vuelta del paseo, y vea luego si es ya hora de reglamentar un poco esto del paso de los coches, como se hace en el extranjero, donde todavía se considera al que va á pie de igual condición que el que va en coche.

En cuanto á la desaparición del reloj del redactor de *La Correspondencia*, y reflexiones que se deducen del hecho, yo, después de acompañarle en el sentimiento, le aconsejaré que procure sustituirlo si puede, que verosimilmente no podrá, con otro de gran precio, por ser ya consuetudinario que nuestra policía encuentre sólo las joyas de subido valor, sin que me explique la causa ni los medios que para lograrlo pone en práctica. Y respecto del juego que, según allí se dice, se halla ahora en época floreciente y esplendorosa, consuélase mi compañero en el gremio con saber que aquí mismo, y no hace muchos días, me adelanté á sus lamentaciones con señas casi mortales y brindándome á facilitar datos propios, sin que el señor gobernador haya podido darse por enterado en razón de sus múltiples ocupaciones.

Un publicista francés, Fernando Vandérem, dice al hablar del estreno reciente de *Cabotins* de Pailleron, en que aparece un artista injustamente sancionado como celebridad por lo que aquí llamaríamos una sociedad de bombos mutuos, y en *Cabotins* se denomina *La Tomate*, dice—repito—que todo eso de las *cotepies* para hacer aceptar al público en arte ó literatura un nombre sin prestigio propio, un hombre sin mérito fundamental, son pura *blague des un Tel*, ó como diríamos aquí: voces que hacen correr los Péreces.

Viene oportunamente esta cita de Vandérem propósito del estreno *emocional* del sainete *La verbena de la Paloma*, y de la honda conjura tramada por el propio público en contra de Ruperto Chapí y en favor de Tomás Bretón, conjura que los espíritus clarividentes sintieron en el electrizado ambiente de la sala de Apolo la noche del estreno.

Parecía que este Chapí había estado engañándonos con ayuda de unos cuantos amigos haciéndonos creer que era un excelente músico, y que Bretón había, á su vez, permanecido olvidado por falta de ellos, todo lo cual se enderezó la noche del estreno, matando artísticamente á Chapí y sacando á Bretón de la oscuridad en que vivía. Positivamente había muchos amigos de Bretón en Apolo aquella noche, como también es seguro que habría muchos amigos de Chapí en la Zarzuela la noche del estreno de *Los Mostenses*, pero la masa neutra del público pesó más que todos en las dos ocasiones, y dijo á Bretón al caer el telón: «Me gusta.» y á Chapí: «No me gusta.» En los dos casos, los amigos, la *coterie*, el compadrazgo, no sirvieron de nada. No ha llegado Chapí á ser un artista excepcional porque se le haya empujado para andar, sino porque ha andado solo, y Bretón va emparejado con Chapí por igual razón, sin que hayan podido detenerle los que han puesto piedrecillas en su camino. Ayer se equivocó Chapí y fué vencido: mañana acertará y será amo otra vez.

Dice Vandérem con gran sentido: «Los inferiores, aun reunidos y con tacto de codos, no suben sino de un modo subalterno; los rebaños de impotentes sólo levantan construcciones débiles; los carneros siguen siendo carneros y por mucho que empujen no pasan jamás á ser pastores.»

Y añade que este alegato del compadrazgo es la razón que á sí mismos se dan los carneros para consolarse de no ser pastores.

Haya, pues, entre los Péreces un poco más de sentido de la justicia, y reconózcase lealmente que si Bretón y Chapí usan del derecho de ser artísticamente tiránicos no es porque se hallen por chiripa donde se hallan, sino porque están donde están precisamente por ser quien son, que á no serlo, toda la fuerza del compadrazgo no les hubiese mantenido contra la opinión de los más.

Federico URRECHA.

CRÍA CUERVOS.

(EPISODIO DE 1824.)

I

Como negarlo, no podía negarlo. Los días más felices de la vida del bueno de Patricio del Portal habían sido los más revueltos del no poco accidentado período de 1820 á 1823, y eso que, á decir verdad, éstos habían sido los menos prósperos para la covacha con honores de tienda que en la parte de la Carrera de San Jerónimo más próxima á las tapias del Buen Suceso, se gloriaba de haber fundado allá por los comienzos del año 14, y en la que se despachaban, revueltos con los más selectos productos de la herbolaria, una tinta de escribir que, aunque parda, se vendía como negra, un papel de barba que no se confundía del todo con el de estraza, y amén de unos panes de obleas de un rojo naranja que daba envidia verlos, un aguardiente de Chinchón que, si no puro completamente, no desmentía por entero su buen origen.

La decadencia de su comercio dimanaba de haber tomado Patricio tan á pechos las ideas constitucionales, que desde el famoso Grito de las Cabezas todo lo había abandonado, sus personales intereses inclusive, no encontrando placer en otra cosa que en asistir á las borrascosas sesiones de la Fontana, sobre todo cuando en ella actuaban como oradores el viejo Romero Alpuente ó el levantisco Moreno Guerra, que eran ídolos á que no se cansaba de adorar, sobre todo cuando, extremando éstos sus teorías exaltadas, parecían unos Marat en chiquito, aconsejando llevarlo todo á sangre y fuego y predicando el exterminio de los hombres templados, que eran, según ellos, los más temibles enemigos del *Sistema*.

Por supuesto que aunque el buen comerciante había sido masón primero, comunero y hasta entusiasta lector de *El Zurriago* después, y miliciano nacional siempre, todas las manifestaciones de su liberalismo se habían limitado á dar más vivas á Riego que pelos tenía en la cabeza, á hacer rabiar, en cuantas ocasiones se presentaban, á *Narisotas*, y á haber enronquecido cantando el *Trágala*, sin que pudiera acusarse de haber derramado más sangre que la extraída por las sanguijuelas que formaban parte principalísima de su comercio.

La mejor prueba de la bondad de carácter que ocultaba su exterior gritador y fanático, es la trascendentalísima página de su vida que vamos á narrar.

II

Una noche no muy lejana al día del más cómico que trágico episodio conocido con el nombre de *Batalla de las Platerías*, Patricio, que desde las últimas horas de la tarde andaba hecho zarandillo de la *Cruz de Malta* al *Café de San Sebastián*, y de éste á *Lorencini*, husmeando no sé qué imaginaria asonada, tuvo ocasión de trabar conocimiento, que llegó á ser luego estrecha amistad, con cierto personaje, á quien si la cortedad de sus luces no sacó nunca de la oscuridad, su natural revoltoso no dejó de dar cierta popularidad en aquellos días.

De este tal eran poco conocidos los antecedentes; pero ¿quién había de meterse á averiguar que hubiese podido ser antes el que ahora se multiplicaba para hallarse en todas partes en que hubiese asomo de motín ó de algareda, y que, aun sin estar comprobado el hecho, se daba por íntimo amigo del ilustre caudillo del ejército libertador, á quien decía haber acompañado en todas las etapas del glorioso alzamiento?

Patricio, que no necesitaba de mucho para dar rienda suelta á sus entusiasmos, y que con una modestia que le honraba, reconocía la superioridad intelectual de todo el mundo, no tan solo le admiró incondicionalmente desde el primer momento, sino que llegó á rendirse tan á discreción á su nuevo amigo, que acabó por ser blanda cera en sus manos.

A él debió su ingreso en la *Sociedad Landaburiana*, allá por los fines del año 22, y merced á los alientos que éste le prestaba, se atrevió á hacer en ella sus pinitos oratorios, señalándose ya que no por lo castizo y puro de su poco fácil palabra, por lo extremado de sus declamaciones, con las que casi casi se bamboleaban las sólidas bases en que se apoyaba el vetusto edificio social.

Sin embargo, en honor del digno comerciante de la Carrera de San Jerónimo, y hasta de la ultra-radical asociación, que celebraba por cierto sus reuniones en una de las salas del extinguido convento de Santo Tomás, debemos consignar un ruidoso incidente que tuvo lugar en una de las postreras sesiones de ésta.

Conocida ya la actitud de las potencias coaligadas, y habiéndose dado cuenta en las Cortes de la entrada en

Alrededor del mundo

SUMARIO

El arte de caer.—Cómo caen los borrachos, los niños y los actores.—Donato Jiménez en el Tenorio.—Modas en perspectiva.—Iniciativas del príncipe de Gales.—Los animales salvajes y la decoración de las casas.—Los médicos de la emperatriz.

Cuando vemos á un niño ó á un borracho dar un batacazo tremendo, acudimos asustados á levantarle creyendo que se ha matado ó poco menos; y el niño ó el borracho se levantan, por lo general, sin otro daño que el susto.

¿Por qué tienen esa suerte los niños y los borrachos, mientras que los demás mortales solemos pagar con la rotura de un brazo ó de una pierna, ó con una dislocación, las caídas que damos? La respuesta es algo rara: nos lastimamos porque instintivamente tratamos de evitar el golpe; pero si tuviésemos la serenidad y el valor bastantes para dejarnos caer sin agitar brazos y piernas, no nos pasaría nada. La acción de adelantar los brazos y de encogerse para impedir la caída ó amortiguar el golpe, hace que el cuerpo caiga de mala manera y que se rompan los huesos que coge en falso.

Como se ve, el caer constituye en lo físico como en lo moral, un arte tan útil como difícil.

Los maestros en él, dicen que hay que dejarse ir recto, con los brazos pegados al cuerpo, inclinando la cabeza hacia adelante ó hacia atrás, según se caiga de pecho ó de espaldas, para evitar que dé en el suelo, y aguantando siempre la respiración. Debe haber mucho de verdad en el consejo, porque así es como caen los actores en escena.

Donato Jiménez, el reputado artista, es, por ejemplo, una especialidad en caídas; todos hemos admirado la media vuelta que dá y el golpe tremendo que pega, haciendo de Comendador cuando D. Juan Tenorio le mata de un pistoletazo. Pues bien, Donato Jiménez cae así, recto, con los brazos bien pegados al cuerpo, sin hacer nada por amortiguar el golpe; así caen los demás actores y las demás actrices, y no hay memoria que de esos golpes haya resultado ninguna pierna ni ningún brazo rotos.

Ánimo, pues, y sangre fría, y aprendamos á caer como los borrachos, como los niños y como la gente de teatro.

Hay grandes novedades en perspectiva en la importante cuestión de modas para hombres.

El príncipe de Gales, modelo que trata de imitar buena parte de la aristocracia inglesa, y que por lo tanto da hoy el tono, se ha puesto en campaña, es decir, ha conferenciado con su zapatero y con su sastre.

Al primero ha encargado S. A. que le haga unas cuantas docenas de pares de botas y zapatos de tela. El zapatero se quedó estupefacto. ¡Gastar botas de tela como una setentona un príncipe tan elegante! Pero el príncipe le dijo en confianza que no puede sufrir otras á causa de la gota; y añadió sonriendo: «En cuanto me vean con ellas, no hay dandy que no se las ponga iguales.»

Al sastre ha ordenado S. A. que le haga una colección de levitas de color, que no tardarán tampoco en estar de moda. ¿A qué ha obedecido este capricho del futuro rey de Inglaterra? Nadie lo sabe; pero conviene advertir que á temporadas le da al príncipe por lo llamativo.

El fué quien estableció la moda de los guantes lila, casi blancos, con las costuras del dorso bordadas en seda negra y muy gruesas. Idea suya fueron también esos abrigos que parecen sacos, con los hombros casi en el codo, anchos hasta la exageración, y que hacen parecer jorobado al que los lleva.

De Inglaterra también vendrán pronto otras modas que ya empiezan á tomar allí arraigo, y que son más bonitas que las imaginadas cuanto á indumentaria por el príncipe de Gales.

La costumbre de viajar, no ya por Europa como hace años, sino por África y por Asia como se hace hoy, ha traído grandes elementos de decoración á las casas. Ahora las mansiones inglesas están llenas de objetos salvajes y de trofeos de caza aplicados de la manera más ingeniosa al mueblaje y al decorado.

Los escudos de los zultús, y de los salvajes en general, hacen unos veladores bonitos y originales. Los ibis, los flamencos, los avestruces, los emus y demás aves de cuello largo, sirven de peana para quinqués, y contra más extravagante es el aspecto del volátil, mejor decoro. Las astas de ciervos y venados forman percheros de antecámara, y cuando se encuentra una cabeza verdaderamente magnífica, de multitud de puntas, se la convierte en aparato

España del ejército francés, mandado por el duque de Angulema, el gobierno había manifestado á Fernando la necesidad de abandonar la capital de la monarquía, amenazada no sólo por aquellas tropas difíciles de atajar, sino por las partidas facciosas que teníamos casi á las puertas de Madrid.

Como es sabido, Fernando, con la perfidia que le era habitual, se había negado á seguir á sus ministros y á los representantes de la nación á Sevilla, y el conflicto tomaba proporciones alarmantes por extremo.

La *Sociedad Landaburiana*, enterada por boca de sus más fogosos oradores de la difícil situación, extremaba su oposición á un gobierno que calificaba de débil, y buscaba soluciones radicales que oponer; pero hasta allí todos ellos se habían mantenido dentro de los límites del respeto que la Constitución imponía hacia la persona del monarca.

De pronto, sin embargo, una voz hizo enmudecer á la de todos los oradores, y un hombre, que no era otro que el amigo del buen Patricio del Portal, se levantó de su asiento para pedir nada menos que «la muerte del tirano;» acto que él mismo se ofreció á realizar con un puñal que blandía para dar más fuerza á su oferta.

Por el pronto todos se quedaron mudos de estupor; pero aquellos cerebros, extraviados tal vez por la pasión política, respondían á los latidos de corazones sanos y honrados, y una unánime protesta resonó en la sala.

—Somos patriotas dispuestos á derramar la última gota de sangre en defensa de la Constitución y de la libertad, pero no regicidas. Los asesinos no pueden ser más que defensores encubiertos del absolutismo—exclamó uno de los más caracterizados tribunos.

Y como si aquellas frases fueran la genuina expresión del sentimiento de todos, con tal indignación se volviera al autor de la sanguinaria proposición, que solo con trabajo, y digámoslo también, gracias á la poderosa ayuda de Patricio, pudo salir con vida del salón.

III

—¡Me ha salvado Ud. la vida!—decía aquella madrugada el desafortunado demagogo saliendo disfrazado de la casa de Patricio, que le había tenido oculto del furor de las turbas que le buscaba para arrastrarle.

Pero al tender con agradecimiento la mano á su salvador, éste retiró la suya diciendo con dignidad:

—Entre nosotros no hay nada de común. He cumplido un deber impuesto por la amistad de que le creí digno. Hoy no veo en Ud. más que un malvado, que me inspiraría aversión si no fuera más digno de lástima.

El fugitivo lanzó una mirada entre irritada y despreciativa al honrado herbolario y se limitó á contestar mientras salía:

—¡Toma Ud. estas cosas demasiado á pechos! Lástima que pueda pesarle algún día.

IV

Algunos meses después, Fernando VII, merced á la valiosa ayuda de los *Cien mil hijos de San Luis* y á los de su amado primo el duque de Angulema, había vuelto las cosas al ser y estado que tenían antes de los lamentables extravíos de 1820, y distraía sus ocios ahorcando á cuantos liberales habían tenido la imprevisión de no huir del suelo de la madre patria, nunca como ahora feliz, merced á las bondades del régimen absoluto.

Patricio, ya que no emigrado, había buscado refugio en un pueblecillo que, aunque no lejano de Madrid, le hubiera ofrecido la bastante seguridad contra los primeros desahogos de los vencedores, si un desgraciado incidente no le hubiera obligado á abandonarle precipitadamente.

Una carta llegada á él, no sin grandes precauciones, le hacía saber que su hija única había sido atacada de una dolencia que ponía en grave riesgo su vida.

El desdichado padre no pensó ya en su propio riesgo y corrió desolado á su casa de la carrera de San Jerónimo, en la que apenas pudo recibir el último aliento de la que con la Constitución había compartido todo su amor y había sido objeto de todas sus ternuras.

Cuando estaba cerrándola los ojos, su casa fué barba-ramente allanada por un pelotón de voluntarios realistas, que á empellones le sacaron de allí para conducirlo á la cárcel de Villa, de la que ya no había de salir sino para ser conducido á la horca.

El que con los galones de sargento mandaba aquella horda, era el mismo que en la Landaburiana se había ofrecido á dar muerte al rey.

Angel R. CHAVES.

para luz eléctrica. Las pieles de serpientes, sobre todo las de brillantes colores, hacen también brazos preciosos y lámparas de mesa para el mismo género de alumbrado. Los pies de rinoceronte sirven de banquetas para los pies. Las cabezas de león y de grandes animales exóticos, tapan el hogar de las chimeneas durante el verano, decorándolas de una manera extraña. Los cascotes de caballo son transformados en tinteros y en relojas, como lo hace la infanta doña Isabel con los de sus caballos favoritos cuando mueren. Las pieles de reptiles se emplean para encuadernar obras que traten del país donde éstos se crían, y de donde las trajo el dueño de la casa.

El resultado de la nueva moda ha sido crear todo un comercio de animales africanos y asiáticos entre Inglaterra y sus colonias, porque aun cuando en rigor el buen *sportman* no debe tener en su casa más despojos de animales que los de aquellos que haya matado por su mano, se hacen muchas trampas, y en el fondo de todo cazador hay casi siempre un Tartarín.



La emperatriz de la China ha estado muy enferma, y para celebrar su restablecimiento, el periódico que hace de *Gaceta* en Pekín ha publicado seis columnas de recompensas de todas clases: títulos, dignidades y botones de todos los colores á los *cuatrocientos veintitrés* médicos que han tenido el honor de asistir y recetar á S. M. durante su enfermedad.

Cómo ha podido escapar con vida la emperatriz á los cuatrocientos veintitrés médicos que la recetaban, es cosa milagrosa. Así lo han comprendido en Pekín, porque en el mismo número publica la *Gaceta* de allá un decreto dando gracias á Budha, á Vishnu y á otras divinidades, y censurando á los sacerdotes de Budha, que atribuían la enfermedad de la emperatriz á estar disgustados los dioses por el ruido y el humo que echan las locomotoras del ferrocarril recién construido. Este decreto ha sido todo un golpe de Estado.

WANDERER.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Refiere D. Diego de Torres, catedrático de matemáticas que fué de la Universidad de Salamanca, que en su tiempo, estaban tan deprimidos los estudios de las ciencias, que no había libros ni instrumentos, habiendo tenido que hacer por sí mismo globos de barro, esferas de papel y pentómetros de palitroques.

Al canciller de Inglaterra Tomás Morus, le envió un litigante dos preciosos frascos de plata. Id á la bodega—dijo el magistrado á uno de sus domésticos,—llenad esos frascos del mejor vino y devolvedlos al mensajero, á quien direis de mi parte que su amo no lo desperdicie porque es muy bueno.

Se publican en España 847 periódicos, de los cuales son políticos diarios 155, políticos que se publican un día sí y otro no 11, políticos bisemanales 12, ídem semanales 121, ídem quincenales ó mensuales 29, científicos, literarios, administrativos ó de cualquiera otra materia especial 507, de anuncios exclusivamente 8.

Según D. Miguel Alvarez Osorio y Redr, escritor que se ocupó de asuntos económicos en tiempo de Carlos II, era tanta la población que había antiguamente en España, que llegaron á sembrarse de trigo y cebada hasta los peñascos, rellenándolos de tierra. Suponía que la producción llegaba á 600 millones de fanegas.

El primer príncipe de Gales que hubo en Inglaterra fué Eduardo, hijo y heredero del rey Enrique III. Se le dió este título en celebridad de su casamiento con la Infanta de Castilla Doña Leonor, hija de D. Fernando III el Santo.

Dicen los Sres. Noel y Carpentier que la palabra *ladrón*, en francés *larrón*, significaba en los tiempos antiguos lo contrario de hoy. Eran los *laterones* ó *latrones*, que entonces así se llamaban, unos mercenarios al servicio de quien los contrataba para su defensa. Tenían fama de fieles, valientes y honrados. Pero andando los tiempos se indisciplinaron, dedicándose al robo y al saqueo.

En las Cortes celebradas en Briviesca en 1387 se creyó acabar con los vagabundos y holgazanes disponiendo que cualquiera los pudiera tomar á su servicio sin soldada, aunque manteniéndolos, y si no quisieran, se les echase al pueblo después de darles sesenta azotes.



EL ÁFRICA CIVILIZADA.—Tom Puce, negro elegante y culto, tiene una cita con una belleza del betún.



Pronto llegará, Siento pasta.



Y qué menuditos son. Soy muy feliz. El porvenir es hermoso, brillante, diáfano, claro, mucho más claro que yo.



¡Diantre! ¿Por qué no habrán civilizado á los leones?

EN BROMA

La actitud de los navarros continúa inspirando temores.

Dícese que la gente sensata de aquel país procura á toda costa evitar los conflictos predicando la paz y llevando la reflexión á la mente de aquellos vecinos; pero los navarros residentes en Madrid viven en constante exaltación, y hay uno que tiene tienda de comestibles en la calle del Gato y se pasa el día mordiéndose los puños y despachando el bacalao al grito de «Vivan los fueros.» Si el parroquiano secunda la noble actitud del tendero, éste le abraza cariñosamente; pero si aquél se calla, encogiéndose de hombros, cogo el tendero el bacalao por la cola y se lo «sepulta» al otro en la cabeza.

Estos actos de patriotismo expresan claramente el vigor de las razas.

¡Ay! Cuanto daría yo por poder imitar á los navarros, oponiéndome al abono de los alquileres; pero tengo un casero que me dice:—¿Por qué no ha de pagar Ud. como los demás inquilinos?

Y no tengo más remedio que tolerar el abuso, y quitarme el pan de la boca para dárselo á él.

Lo que hay que ser, mejor que navarro y que nada, es autor aplaudido.

A Vital y Ramos se les obsequió el miércoles con un banquete; ahora se organiza otro en honor de Ricardo de la Vega y Tomás Bretón, y dícese que á D. Federico Balart, nuestro gran poeta, se le prepara también el correspondiente agasajo.

Esto ha despertado la emulación entre varios autores, de la clase de merluzas, que andan conspirando en la sombra para que les obsequien á ellos; pero el que más trabaja es el esposo de una poetisa, un tal Enjuto, que es un infeliz, y se va al Círculo literario todas las tardes á hablar de su mujer, y dice en confianza á los amigos:

—La verdad; mi Paca está disgustadísima porque ve lo que hacen

ustedes con otros autores, y ella no ha recibido ni la más insignificante demostración de entusiasmo. Está mal que yo lo diga, pero deben ustedes organizarle cualquier cosa, aunque sea una velada, y quiere decirse que todo lo que se gaste lo abonaremos nosotros.

Algunos admiradores de la señora de Enjuto están resueltos á organizar un «arroz literario» en el Puente de Vallecas, para calmar los celos de la inspirada poetisa.

El arte, por más que digan los modernos Jeremías, tiene privilegios como ninguna otra manifestación de la actividad humana.

¡Cuánto darían algunos hombres de dinero por obtener demostraciones semejantes á las tributadas el miércoles á Ramos y Vital! Si el talento pudiera transmitirse, como se transmiten los bienes inmuebles, ¡cuántos banqueros escribirían comedias y cuántos titulos de Castilla pintarían cuadros asombrosos!

Porque nadie está contento con lo que tiene y todos persiguen aquello que no han de conseguir en toda su vida.

Conozco un hábil relojero que se empeña en que ha de componer una misa de *Requiem* mejor que la de Mozart; y sé de un autor dramático que quiere poner una chocolatería cerca del estanque de la Puerta del Sol, servida por camareros vestidos de arcángeles, con alas de papel dorado.

El mundo está lleno de personas extravagantes, y llega á tal punto la perturbación, que hay mujeres que aspiran á sentarse en el Congreso y hombres que se dedican á modistos, mientras otros solicitan cría para casa de los padres.

Ahora que han vuelto los periódicos á dar cuenta minuciosamente de los suicidios, ha vuelto también la alegría al corazón de los jóvenes románticos.

Muchos que pensaban suicidarse, lo habrán ido dejando hasta ver si la prensa abría una sección donde constaran todos los antecedentes del suicida y las circunstancias relativas al caso. En vista de

que la sección existe, todo el que está aburrido resuelve matarse, en la confianza de que no ha de perderse su nombre en la noche del silencio.

Hoy, con gran riqueza de detalles, se da cuenta de los muertos, y se describe en términos halagadores para el difunto todo lo referente al suceso; de modo que los suicidas están de enhorabuena.

Dentro de poco anunciarán los diarios con cuatro ó cinco días de anticipación:

«El martes á las ocho en punto atentará contra su vida, el conocido joven D. R. H. V., que ha tenido unas palabras con un carbonero y no puede soportar la existencia. Por ahora no ha elegido el arma mortífera, pero lo probable será que se suicide con un formón de un primo suyo, aficionado á la carpintería.»

Háblase de crisis, y la noticia ha caído como una bomba entre los empleados públicos.

En cambio, hay quien cree que D. Práxedes le sorprenderá regalándole una cartera, y no cabe en sí de gozo.

—Desde mañana pon dos principios—ha dicho á su esposa.

—¿Por qué?

—Por que puede venir Pablo Cruz á conferenciar conmigo de parte de D. Práxedes, y no es cosa de que nos sorprenda comiendo el cocido exclusivamente.

Luis TABOADA.

MADRID.—1894

Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.^ª, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel Garcia.